

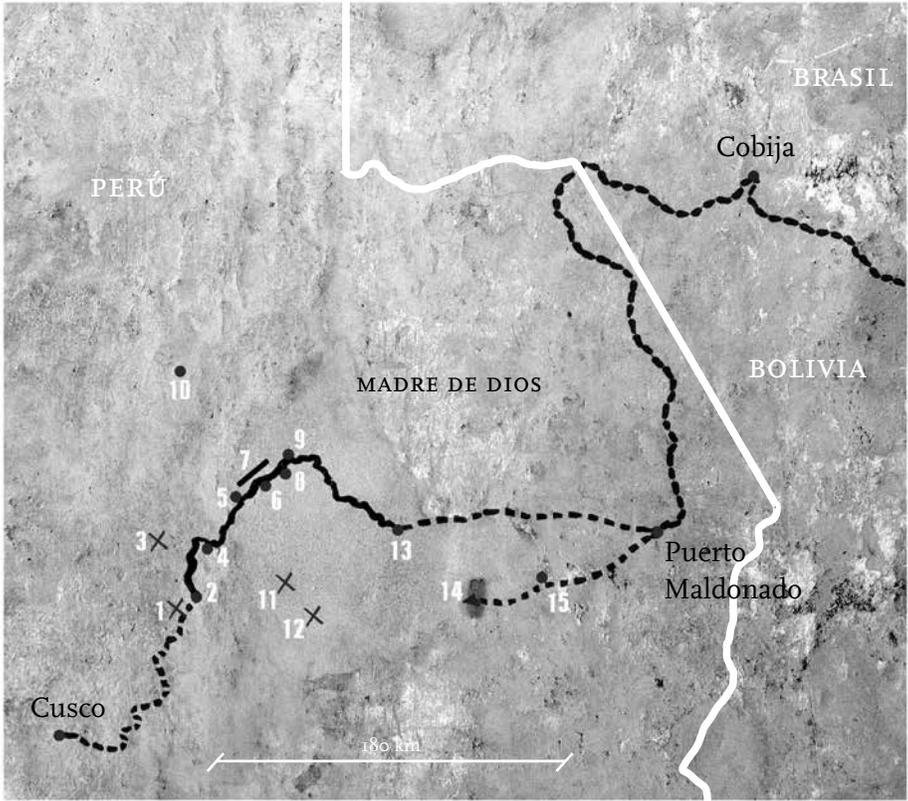
MARTÍN IBARROLA

# La selva herida

## ÍNDICE

Los buscadores del Paititi, 11
El misterio de la piedra dormida, 25
Tras las huellas de los mashco piro, 43
La maldición del sombrero loco, 67
Las chicas raptadas de la negociudad, 83
Los desiertos del Amazonas, 95
Tres testimonios de La Pampa, 111
La fiscal que coleccionaba muñecas de Wonder Woman, 111
La historia del señor Demetrio, 123
El manzano podrido, 138
La canción de los mineros sensibles, 151
Fuentes, 165
Bibliografía, 167

*Para ama,  
superviviente de esta aventura*



- - - Ruta por carretera  
 — Ruta por río

1. Piedra de Hinkiori
2. Atalaya
3. Petroglifos de Pusharo
4. Shintuya
5. Shipetiari
6. Puesto de Control Nomole
7. Orilla de los Mashco Piro
8. Diamante
9. Boca Manu
10. Cocha Cashu
11. Ruinas de Pisue
12. Rostro Harakbut (Incacok)
13. Boca Colorado
14. Desiertos de la Pampa
15. Terrenos del señor Demetrio



## LOS BUSCADORES DEL PAITITI

ESTA HISTORIA COMIENZA DONDE termina la carretera.

El hombre que llegó al pueblo ribereño de Atalaya no se parecía en nada a los impecables turistas que frecuentaban el Amazonas. Su expresión, escondida bajo el ala de un sombrero, era hosca y barbuda, tenía la ropa rasgada y había algo en él que recordaba la silueta de los héroes cansados. Sin mecenas ni marcas que financiaran el viaje, apenas pudo estrenar algunas raciones liofilizadas. El resto del equipo había sido reutilizado de otras expediciones. Su nombre era Miguel Gutiérrez Garitano y llevaba meses trazando una minuciosa ruta por Madre de Dios, una frondosa y selvática región al sur de Perú. Había estudiado las fuentes históricas, había leído los manuscritos del siglo xvi y conocía de memoria los viejos nombres de las tribus locales. Y entre todo aquel laberinto de legajos, mapas y testimonios, había encontrado el camino para llegar hasta Juan Álvarez de Maldonado, un conquistador español que murió cuatro siglos atrás y con el que parecía haberse obsesionado. Mi intención era acompañar a Miguel y aprovechar la expedición para escribir una serie de reportajes sobre la vida cotidiana del Amazonas. Después de un largo viaje y un año y medio de investigación, ya puedo contar esta historia de belleza, aventura y devastación.

El personaje histórico que estudiaba Miguel no respondía al tópico de los conquistadores despiadados. Las crónicas cuentan

que en 1567 Juan Álvarez de Maldonado fue nombrado gobernador de un inmenso territorio que se extendía desde la fortaleza de Opatari —en los límites orientales del país— hasta el mar del Norte. Tras contraer matrimonio con una adinerada viuda que costeó parte de sus alocadas aventuras, el explorador partió desde la capital andina de Cusco, atravesó el misterioso bosque de las nubes y alcanzó la selva baja de Madre de Dios, donde habitaban tribus a las que ninguna civilización había conseguido doblegar. Su intención era colonizar aquellas tierras y encontrar el mítico reino del Paititi, donde —según algunas leyendas— se habrían refugiado los últimos incas tras la llegada de los conquistadores españoles.

Recordemos que los mapas de aquella época todavía desvelaban los rincones vírgenes del planeta y las expediciones seguían el rastro de las «noticias ricas», que auguraban el descubrimiento de ciudades escondidas entre lianas y rebosantes de oro, plata y ámbar cuajado. Maldonado fue, como acertadamente calificó el editor Luis Ulloa, un conquistador que llegó tarde a un mundo ya viejo. Con el paso del tiempo sus hazañas sucumbieron al olvido, pues, a diferencia de otros coetáneos, ninguna de sus empresas fue realmente exitosa. Pero los informes de aquellas expediciones perduraron en las bibliotecas y conservaron un valiosísimo compendio de apuntes geográficos, hidrológicos y antropológicos que ahora rastreábamos sobre el terreno. Si pretendíamos seguir los pasos de Maldonado, Atalaya debía ser la casilla de salida.

El río que íbamos a navegar, conocido en épocas prehispánicas como Amarumayo o «río serpiente», tenía su origen en los imponentes nevados de Pucará, unas montañas con nieve perpetua que se levantaban al sureste de Paucartambo. A medida que sus aguas descendían hacia la selva baja, su nombre también cambiaba: el Huaisambilla, el Pilcopata, el Piñi-Piñi... Y finalmente, poco antes de llegar al pueblo de Atalaya, adoptaba su denominación cristiana, un apelativo que invitaba a la exclamación, a la sorpresa, a la blasfemia: ¡Madre de Dios! Y no era para menos. El indomable

río de Madre de Dios, una de las venas azules que bombeaba vida a Latinoamérica, serpenteaba por los bosques tropicales del Manu y se adentraba majestuosamente en lo desconocido.

Nuestro limitado presupuesto solamente nos había permitido adquirir un par de kayaks hinchables, cuyos fabricantes recomendaban para un uso principalmente familiar. Al desplegar las canoas nos sentimos como Espronceda cuando llegó a Lisboa: el poeta debió de tirar al Tajo las dos únicas monedas que guardaba en el bolsillo porque no quería entrar con tan poco dinero en una ciudad de tanta belleza. Tampoco nosotros estábamos dispuestos a navegar con una simple piragua de plástico por uno de los más exuberantes afluentes del Amazonas. Así que, para ennoblecer la campaña, emulamos el bautismo de una canoa del siglo xvi: a su kayak lo nombramos Churruca y al mío, Ítaca, y a falta de un sacerdote y agua bendita, bendijimos la proa con unas gotas de aguardiente.

A nuestro alrededor se había congregado la mayor parte del pueblo de Atalaya, que alababa nuestra valentía por no recurrir al peque-peque —un pequeño y ligero bote con motor de cola que lo hacía ideal para desplazarse por tramos con poco caudal—. Pero no todos mostraron el mismo entusiasmo. Uno de los ancianos, poco impresionado por nuestro improvisado bautismo, lanzó un funesto augurio en voz alta:

—En esas balsas cabe el cajón de un muerto.

Y se fue.

Miguel colocó su mochila en la embarcación y cargó los obsequios que habíamos comprado en la tienda del pueblo: tabaco para los colonos, aguardiente casero para los indígenas y ron para los antropólogos. Estaba de un humor excelente, envalentonado por la adrenalina de una nueva aventura. Antes de atar sus cosas, decidió comprobar la estabilidad de la embarcación y subió encima, pero lo hizo con tanto entusiasmo que la piragua —diseñada para navegar por las tranquilas aguas de un lago— siguió la inercia de su impulso y lo lanzó al río junto con sus pertenencias. El explorador gruñó

## EL MISTERIO DE LA PIEDRA DORMIDA

LOS ESPORÁDICOS BOTES DE turistas nos adelantaban incrédulos y los pescadores nos saludaban mientras lanzaban sus redes. Remábamos al ritmo lento de la corriente y la vida del río se nos antojaba variopinta, exuberante, contradictoria. Conocimos a jóvenes indígenas que soñaban con vivir en la ciudad y a peruanos que huían del bullicio urbano; a chamanes que ofertaban con evidente desgana rituales de ayahuasca y a viajeros israelíes que fantaseaban con ser Yossi Ghinsberg; y entre anécdota y anécdota, los habitantes de Madre de Dios deslizaban pinceladas sobre el carácter de los vecinos ribereños, herederos de aquellos primeros pobladores amazónicos: los amarakaeri, los matsigenka y los yine. Al parecer, los amarakaeri de Shintuya conservaban el mismo espíritu aguerrido y orgulloso que los mantuvo aislados de la civilización hasta mediados del siglo pasado. Los matsigenka de Shipetiari preferían vivir tranquilos en el interior de la selva y no siempre apreciaban las visitas inesperadas. Y los yine de Diamante tenían fama de hospitalarios, aunque también se habían ganado el apodo de «fenicios del río» por su habilidad para el regateo. Todos ellos vivían fundamentalmente de la agricultura, de la pesca y de un discreto turismo.

Al llegar a la comunidad de Shintuya, una indígena de piel oscura y arrugada se acercó con un mono enredado en la cabeza.

Pertenecía a la etnia de los amarakaeri, un subgrupo de la que probablemente fuera la familia lingüística más antigua de Madre de Dios, los harakbut. El animal amaestrado saltaba de un hombro a otro mientras ella nos examinaba con una mirada desafiante. Al enterarse de cuál sería nuestra ruta, levantó ligeramente la barbilla y sus arrugas formaron una expresión compasiva. Con cierto tono de preocupación y una gestualidad que invitaba a la confianza, nos habló de un terrible peligro que acechaba en algunas playas ribereñas.

—Cuando pasen por ahí, remen rápido y nunca se paren a dormir.

Aunque no especificó el peligro, pronto descubriríamos a qué se refería. Las autoridades aseguraban que en esta parte concreta del río no había problemas con los madereros y que apenas se habían detectado invasiones mineras. El narcotráfico, en cambio, resultaba complicado de valorar, pues las comunidades indígenas guardaban una relación difusa con las rutas de la droga. Ese mismo año habían detenido a la presidenta de la comunidad vecina de Diamante por «alquilar» su pista de aterrizaje a unas avionetas de contrabando. Y en una de las playas que mencionaba la mujer del mono, incautaron un aeroplano con 300 kilos de cocaína tras un tiroteo entre los traficantes y los agentes de la unidad antidroga. Mucho más tarde sabría por fuentes solventes que en Pilcopata —el pueblo anterior a Atalaya— abundaban los cultivos ocultos de coca y que en Colorado —un núcleo minero que se encontraba a unas pocas horas río abajo— las «narcoavionetas» sacaban sus alijos durante la noche y, de paso, aprovechaban los viajes para transportar algo del oro que extraían de las minas ilegales.

Desde que la policía penetró en las montañas cocaleras del Vraem, las plantaciones y los «puentes aéreos» usados por los narcos se habían repartido por distintos lugares de la selva. Y a diferencia de otras prácticas ilícitas, que podían palpase en el día a día de esta región amazónica, las rutas secretas de la droga permanecían

## FUENTES DEL LIBRO

LOS TESTIMONIOS Y SUCESOS descritos en este libro son verídicos y cualquier incongruencia con la realidad se debería a un error involuntario por mi parte. *La selva herida* se enmarca dentro del género fronterizo de la crónica, pues es al mismo tiempo el diario de un viaje realizado durante el verano de 2019 y el resultado de una investigación periodística que supera el año y medio. Muchas de las fuentes utilizadas coinciden con las mencionadas en los diferentes reportajes publicados para *El Confidencial* entre 2019 y 2021.

Las citas directas parten de conversaciones mantenidas antes, durante y después del viaje: entrevistas grabadas, notas sobre el terreno, correspondencia vía email, charlas telemáticas, chats en distintas redes sociales... El resto de los relatos se nutren de vivencias propias, fuentes directas e indirectas, artículos de la prensa local, comunicados oficiales, informes policiales, sumarios fiscales y bibliografía diversa. En el ámbito de la actualidad local, los principales medios de comunicación a los que he acudido para mantenerme al día son sobre la región de Madre de Dios han sido: *Radio Madre de Dios*, *El Comercio*, *Ojo Público*, *Mongabay*, *Convoca.pe* y *Sudaca*.

A fin de agilizar la lectura, he optado por eliminar las notas a pie de página y las referencias externas. Además, a la hora de tratar los casos de corrupción, minería ilegal, deforestación e invasiones me he basado en fuentes reservadas que en ningún caso revelaría.

En ese sentido, me gustaría agradecer la ayuda de todas aquellas personas que desinteresadamente me informaron sobre lo que realmente ocurría en las regiones remotas de la Amazonía. Para los lectores curiosos que deseen profundizar en algunos de los temas tratados en este libro incluyo una selección bibliográfica básica que todo viajero amazónico debería leer. A ellos les deseo suerte en sus próximas aventuras, ya sea sobre un kayak o sobre un sillón.

## BIBLIOGRAFÍA BÁSICA

- ÁLVAREZ MALDONADO, Juan. *Relación de la jornada y descubrimiento del río Manu en 1567*. Editor Luis Ulloa, Sevilla, 1899.
- CALAVIA, Óscar. *Amazonía, China. Dos viajes de vuelta*. Editorial National Geographic, Barcelona, 2012.
- CARVAJAL, Fray Gaspar de. *Descubrimiento del río de las Amazonas*. Editorial Edym, Valencia, 1992.
- CHAVARRÍA MENDOZA, María C., RUMMENHÖLLER, Klaus y MOORE, Thomas. (Eds.) *Madre de Dios, refugio de pueblos originarios*. Editorial USAID, Lima, 2020.
- COUSTEAU, Jacques-Yves; RICHARD, Mose. *El viaje de Cousteau por el Amazonas*. Ediciones Urbión, Madrid, 1985.
- CORTIJO, Diego. *Explora. Las aventuras y sorprendentes descubrimientos de un moderno explorador*. Editorial Cydonia, Pontevedra, 2015.
- GARCILASO DE LA VEGA, Inca. *Comentarios Reales*. Edición no venal de CEGAL, Madrid, 1997.
- GRANN, David. Z. *la ciudad perdida*. Editorial Random House, Barcelona, 2017.
- GROENENDIJK, Jessica, PÉREZ, Gregorio y SHEPARD JR., Glenn H. *Tito Intiri, chavaropana*. Editorial San Diego Zoo Global Perú, Cusco, 2014.

- GUTIÉRREZ GARITANO, Miguel. *Vilcabamba. El reino escondido*. Editorial La Esfera de los Libros, Madrid, 2017.
- GUTIÉRREZ GARITANO, Miguel; GUTIÉRREZ FRAILE, Miguel. *Doctor... supongo*. Editorial Ikusager, Vitoria-Gasteiz, 2012.
- HUERTAS CASTILLO, Beatriz; GARCÍA ALTAMIRANO, Alfredo. *Los pueblos indígenas de Madre de Dios. Historia, etnografía y coyuntura*. Editorial Iwgia, Lima, 2003.
- MIGUEL OVIEDO, José. *La Edad del Oro. Crónicas y testimonios de la conquista del Perú*. Editorial Tusquets/Círculo, Barcelona, 1986.
- MORO, Javier. *Senderos de libertad. La lucha por la defensa de la selva*. Editorial Seix Barral, Barcelona, 1998.
- MURÚA, Fray Martín de. *Historia general del Perú*. Editorial Histórial 16, 1987, Madrid.
- PIETH, Mark. *Gold Laundering. The Dirty Secrets of the Gold Trade - And How to Clean Up*. Editorial Elster & Salis, Zúrich, 2019.
- REVERTE, Javier. *El río de la desolación. Un viaje por el Amazonas*. Editorial Random House, Barcelona, 2012.
- TYULENEVA, Vera. *El Paititi. Historia de la búsqueda de un reino perdido*. Fondo Editorial, Lima, 2018.
- VV. AA. *Deforestación en tiempos de cambio climático*. Edición de Alberto Chirif, Editorial Iwgia, Lima, 2018.
- WILLIAMS, Ann R. (Ed.) *Lost Cities, Ancient Tombs*. Editorial National Geographic, Washington, 2021.